

Octavio Paz y la India

José Antonio de Ory

Octavio Paz vivió en la India durante siete años, primero uno, apenas, como secretario de la embajada de México en Nueva Delhi y luego seis como embajador. Tres de sus libros están directamente vinculados a su experiencia india: *Ladera Este* (colección de poemas publicada en 1969), *El mono gramático* (publicado originalmente en francés en 1972 y en español en 1974) y *Vislumbres de la India* (1995).

Recuerda al comienzo de este último su llegada a Bombay en barco en noviembre de 1951, su primer contacto, por fuerza impactante, con la India, aquellos primeros meses como secretario de la embajada y su descubrimiento de las *Delhis* británica y musulmana (la de Delhi es historia de sultanes y de emperadores mogoles; su arquitectura islámica; su lengua cortesana y literaria, el urdu; su mejor tradición religiosa, el sufismo).

Será ya su segunda estancia, la más larga (de 1962 a 1968), la fundamental, esta vez ya como embajador, la que permita su encuentro trascendental con el país y con sus dos grandes religiones autóctonas, el hinduismo y el budismo.

Es a la vez su encuentro con la que será desde entonces su mujer, Marie José. El pintor y arquitecto Satish Gujral –Paz recuerda cómo durante su primera estancia lo ayudó a obtener una beca para ir a estudiar arte en México– cuenta cómo él y Marie José se conocieron en su casa. Las circunstancias, en cualquier caso, no eran las más favorables. Todavía hoy se recuerda en los ambientes diplomáticos de Delhi la comidilla de que fueron entonces objeto. Se separaron. En 1963 de camino a recoger en Bruselas el «Gran Premio Internacional de Poesía», se reencuentran por casualidad en París. Meses después se casan bajo el *nim* inmenso en los jardines de la Embajada de México,

Nosotros le pedimos al *nim* que nos casara.

Un jardín no es un lugar:

Es un tránsito,

Una pasión.

Pero *Vislumbres de la India* no quiere ser un libro de memorias. No es tampoco un ensayo, ni una colección de artículos. Como *El mono gramático*, resiste las categorías. Es si acaso un conjunto de reflexiones, un modo de concretar sus intentos de comprender el universo hindú. Abarca un buen número de temas: religión, castas, la multiplicidad de lenguas, historia, filosofía, música, arte, literatura, política, incluso algunas disquisiciones sobre gastronomías.

A Paz le asombra la coexistencia de dos fenómenos tan diversos, tan opuestos, a su juicio incluso incompatibles, como el hinduismo y el islam. Aunque su interés se decantará finalmente por lo hindú (y, su derivación, el budismo), no se resiste sin embargo a la atracción del sufismo, tan fuerte por otro lado en Delhi, donde visitar el *Dargah* del santo Nizamuddin es todavía hoy una experiencia religiosa y humana inenarrable.

(Tumas, dos nombres, sus anécdotas:
Nizam Uddin, teólogo andante,
Amir Khusrú, lengua de loro)

Llama su atención especialmente la fuerte relación existente entre el sufismo y el movimiento *bhakti* (devocional) hindú. Pero su interés no es en este caso sólo académico: en esa imbricación, como en la existencia de figuras como Akbar, el más sabio y tolerante de los emperadores mogoles, o el desdichado príncipe-sufí Dara Shikoh, quien tradujera los *Upanishadas* al persa, ve, como símbolos, la posibilidad de que no hubiera tenido que haber una partición y, con ella, cientos de miles de muertos. Paz resalta los puntos de unión, los que deberían haber permitido una mayor convivencia entre hindúes y musulmanes en vez de lo que percibe como una historia de fanatismos, tensiones y desencuentro.

El Paz estudioso de las religiones no se deja sin embargo atrapar por la atracción mística, como es tan habitual en muchos de los interesados por la India. Su poema «Felicidad en Herat», uno de los más impresionantes de *Ladera Este*, es claro:

No tuve la visión sin imágenes,
No vi girar las formas hasta desvanecerse
En claridad inmóvil,
El ser ya sin substancia del sufí.
No bebí plenitud en el vacío
Ni vi las treinta y dos señales
Del Bodisatva cuerpo de diamante.
(...)

Vi al mundo reposar en sí mismo.
 Vi las apariencias.
 Y llamé a esa media hora:
 Perfección de lo Finito.

Su aproximación al hinduismo es más en tanto filosofía y forma de vida que en cuanto religión. Son cuatro los fines de la vida humana: *artha*, la vida práctica; *kama*, el deseo; *dharma*, el deber y *moksha*, la liberación (la meta en el hinduismo, como la iluminación, en el fondo lo mismo, lo es en el budismo). Ambas son filosofías individualistas: la liberación es individual, solitaria, no necesita del otro («el mundo es maya y es duhkka: ilusión y miseria. Es tiempo, dominio de lo impermanente. Así pues, si el mundo no tiene remedio y nadie puede salvar al prójimo, la liberación es una empresa de solitarios»). La caridad de los cristianos, la conciencia política de las filosofías griega y latina o del confucianismo son ajenas a las tradiciones religioso-filosóficas de la India.

Paradójicamente, pocas sociedades son tan poco individualistas como la hindú: Paz no justifica las castas, pero sí intenta entender su porqué, su función al tiempo ineludible en la concepción hindú del mundo y fundamental en su esquema social, como vertebradoras de una sociedad que posiblemente sin ellas se desmoronaría. Las castas, junto con la familia extendida, responden a una forma de organización social, más aún, de comprensión de la vida absolutamente opuesta al individualismo occidental. Tan difícil le es a éste comprender el funcionamiento de la sociedad hindú como viceversa.

El mono gramático es un homenaje a uno de los dioses más queridos y venerados del inabarcable panteón hindú: Hanumán, el dios-mono que ayudó a Rama a rescatar a Sita, su esposa, prisionera del gigante diabólico Ravana en la isla de Sri Lanka.

Planteado como el relato de un viaje a Galta, en Rajastán, donde se encuentra un templo muy importante para los devotos de Hanumán, es además un texto en el que la investigación sobre el lenguaje como medio de expresión se confunde con el metalenguaje como objeto de estudio («¿de qué está hecho el lenguaje? Y, sobre todo, ¿está hecho o es algo que perpetuamente se está haciendo?». Destejer el tejido verbal: la realidad aparecerá»). Al ensanchar las posibilidades del lenguaje como medio de reflexión sobre sí mismo, desborda cualquier intento de clasificación: prosa poética, ensayo, cuaderno de viaje.

Lenguaje y tiempo son dos temas que obsesionan a Paz. Si *El mono gramático* es fundamentalmente un texto en torno al lenguaje, los poemas de

Ladera Este son sobre todo una reflexión sobre el tiempo, en este caso inspirada por el concepto budista de *Sunyata*.

El interés de Paz por el budismo, sobre todo el mahayana (el «Gran Vehículo», que se practica en Japón, donde tuvo ocasión de familiarizarse con él) y el tántrico (del Tibet y el Himalaya indio), es paralelo, si no incluso superior, al que experimenta por el hinduismo. Del budismo mahayana le atrae fundamentalmente la noción de *Sunyata*, el no-ser, la vacuidad, el cero, tal como la formuló el filósofo y santo Nagarjuna en el siglo III.

Uno en todo,
 Todo en nada,
 ¡Sunyata,
 Plenitud vacía,
 Vacuidad redonda como tu grupa!

Para Nagarjuna, como para la filosofía hindú del Vedanta, que el tiempo transcurra o no es irrelevante, todo es *maya*, ilusión. Sólo hay *Sunyata*, la vacuidad. Pero el concepto de vacuidad se niega incluso a sí mismo: todo es relativo y por tanto los contrarios, la vida y la muerte, la permanencia y el transcurrir, son reconciliables («Muerte y vida se confundían», «El presente es perpetuo» dice en *Ladera Este*; «El movimiento sólo es una ilusión de la inmovilidad» en *El mono gramático*).

En definitiva,

No sabemos hacia dónde vamos,
 Transcurrir es suficiente,
 Transcurrir es quedarse.

Para Paz «cada civilización es una visión del tiempo» y por tanto finalmente comprender el hinduismo y el budismo significa también entender su concepción del tiempo, cíclica y por tanto infinita («Vivió, murió y resucitó / Muchas veces») frente a la lineal y por ello limitada y abocada a un término del cristianismo. Hoy en día, sin embargo, es una tercera concepción, «el tiempo moderno», la que impera: es lineal, como la cristiana, pero infinita e indefinida, siempre abocada al progreso. La introducción del concepto occidental del tiempo moderno «resultó en una inversión de los valores tradicionales (...), destrucción del absoluto intemporal hindú». Paz termina *Vislumbres de la India* advirtiéndonos de los peligros de esta concepción deshumanizada y reclamando una nueva reflexión sobre el tiempo.

El erotismo, vinculado en el budismo tántrico a la iluminación, rebosa en la obra india del Octavio Paz enamorado en la India: en los poemas de *Ladera Este* («Maithuna», «Eje»...); en esos fascinantes capítulos eróticos de *El mono gramático* en que la enigmática figura de Esplendor aparece como un trasunto de Marie José; en *Vislumbres de la India*, donde se recrea en la sensualidad de los poemas de Kalidasa, de Dharmakirti, de Kishitisa, de Bilhana. Esta poesía erótica de la tradición sánscrita (siglos IV-XII) asombra al lector occidental, como lo asombran las esculturas de Khajuraho o Konarak o el *Kamasutra*.

Paz comprende que nada es aislado: reflexionar sobre la India le sirve para hacerlo también sobre su propio país. Lo que comienza siendo una comparación sobre costumbres gastronómicas (¿es el chile, característico de la cocina india, de origen mexicano?) desemboca en una exposición de los paralelismos y las diferencias entre los procesos de conquista de la India por los musulmanes y lo que hoy es México por los españoles: en ambos casos culturas politeístas pasaron a ser dominadas por otras monoteístas; en el caso de México, el monoteísmo cristiano se impuso; en el de la India, el musulmán terminó fracasando (al menos relativamente, pues hoy en día Pakistán y la India son respectivamente el segundo y el tercer país con mayor población musulmana): el politeísmo hindú sobrevivió sin mezclarse en absoluto.

Compara también la influencia del British Raj en India con la española en México. Aunque es cierto que el actual Estado indio es, al menos administrativamente, heredero del Raj, como México lo es de la herencia española, en poco más son realmente comparables ambas experiencias. El México que conocemos, el mexicano como individuo, como pueblo o como carácter, como en definitiva lo latinoamericano, son incomprensibles sin el elemento español. No puede decirse lo mismo sin embargo en cuanto a la India —o lo indio— con respecto a lo británico. He ahí la diferencia fundamental, que Paz, que da vueltas en torno a sus implicaciones, no llega sin embargo a enunciar (o, cuando lo hace, es ya, en otro contexto: «El Imperio británico, como el español en América fue el agente de la unificación. Pero ahí termina el parecido. El legado inglés no fue religioso ni artístico sino jurídico y político»).

Se da cuenta de algo fundamental: es precisamente el contacto con la civilización monoteísta cristiana que traen consigo los colonizadores británicos lo que sirve como acicate para el renacimiento de un hinduismo atargado por casi nueve siglos de dominación musulmana. Ese renacimiento hinduista es sin duda el germen del movimiento nacionalista e integrador que desembocó en la independencia, pero también (las paradojas y las con-

tradiciones son sin duda características de la India) de las fuerzas integristas excluyentes que hoy en día la acechan.

Su acercamiento a Gandhi es el habitual en todo aquel que se le aproxima sin prejuicios: la veneración por su figura pero la perplejidad, incluso el antagonismo, con un buen número de sus principios, ideas y formas de comportamiento. No le queda más remedio que señalar que no está de acuerdo con muchos de ellos, pero añade: «no debemos juzgarlo; a los santos no se les juzga: se les venera».

Vislumbres de la India, que es una reflexión sobre aspectos filosóficos, religiosos y culturales, es también una buena introducción, siquiera breve, a ese rompecabezas que es la política india. Paz esboza con imparcialidad los principales temas que han dominado la vida política del país desde su independencia, hace ya 50 años: Nehru y el Partido del Congreso, el nacionalismo hindú, las relaciones con Pakistán, Cachemira... En el fondo cualquier aproximación a la India de hoy es una exposición de sus dicotomías: secularismo y religión, unidad y fragmentación, democracia y tendencia al despotismo. Paz presiente que a la India, más que a otros países, la amenazan los peligros del nacionalismo y los fanatismos. Frente a ellos, señala sin querer permanecer imparcial, «el remedio es doble: secularismo y democracia».

A propósito de *Ladera Este*, el profesor Susnigdha Dey, que tanto ha estudiado la relación de Paz con la India, dice: «Esta poesía trata de las visiones y las especies biológicas, del tiempo como pasa y se queda quieto, de jardines y tumbas, de hombres y mujeres en todos sus matices, de casi todo, incluyendo 'piedra y aire y pájaros'; y lo hace no como objetos exteriores, no como 'lo otro' que está fuera del ser, sino como 'lo otro' que enriquece al ser sin deteriorarlo».

Quizá sea esto último lo que define la inmensa diferencia entre las actitudes de Paz y del otro gran poeta iberoamericano destinado, también como diplomático, en el subcontinente indio, Pablo Neruda. La experiencia de Neruda, quien pasó varios años en sendos puestos consulares en Rangoon, Birmania, y en Colombo, hoy Sri Lanka, y cuya obra de esa época cuenta entre la más rica de su producción, fue la del occidental frente a algo exótico y ajeno que lo sobrepasa y que no pretende entender; es en definitiva la clásica postura del expatriado. El poeta mexicano en cambio se esfuerza por comprender, por imbuirse de todo ese «otro» que lo rodea y que no se resigna a contemplar como exótico. Al cabo, a diferencia de Neruda, el Octavio Paz que ha pasado siete años en la India saldrá transformado.